

MARCOS KAPLAN

KENNEDY, Paul, *The Rise and Fall
of the Great Powers – Economic
Change and Military Conflict from
1500 to 2000*..... 1014

nancieras; por ello, lo más importante de tal distinción radica en que, como él mismo dice, las sociedades nacionales de crédito al recibir recursos del público adquieren una obligación a contrapartida homogénea, es decir, deben entregar los bienes recibidos en la misma especie.

Las operaciones bancarias. La intermediación en los mercados de dinero se hace posible cuando las instituciones de crédito reciben depósitos y préstamos del público y canalizan los recursos en financiamiento a las personas públicas y privadas. Lo anterior tiene como sustento las operaciones activas y pasivas de tales instituciones en las que unas veces son acreedores y otras deudores, así como con aquellas operaciones llamadas neutrales, como las del fideicomiso, mediación en los pagos o compraventa de oro. Todas estas operaciones son expuestas por el autor de manera concreta.

Sociedades afines a las instituciones de crédito. Naturalmente, este apartado se refiere a los intermediarios financieros no bancarios; aquellos que si bien reciben recursos del público, no lo hacen en la función bancaria reservada a las sociedades nacionales de crédito. Dichos intermediarios son analizados brevemente por el maestro, quien incursiona también en los valores cotizables en el Mercado de Valores; también hace una breve referencia a las casas de bolsa, instituciones para el depósito de valores, aseguradoras, afianzadoras, organizaciones auxiliares de crédito y a los representantes de bancos y entidades financieras del exterior.

En conclusión, se trata de un trabajo bien logrado, que muestra un panorama completo de las instituciones de crédito mexicanas antes y después de la nacionalización bancaria.

Soyla H. LEÓN TOVAR

KENNEDY, Paul, *The Rise and Fall of the Great Powers — Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, Nueva York, Random House, 1988.

El historiador estadounidense Paul Kennedy, profesor en la Universidad de Yale, rastrea y trata de explicar cómo las diversas grandes potencias han ascendido y declinado, en sus relaciones mutuas, durante los cinco siglos transcurridos desde la formación de las "nuevas mo-

narquías" de Europa occidental y el comienzo del sistema global transoceánico de Estados. La obra se concentra en la interacción de la economía y la estrategia, cuando los Estados con primacía en el sistema internacional han intentado elevar su riqueza y su poder, para volverse o seguir siendo a la vez ricos y fuertes. Triunfo de algunos, colapso de otros, han sido consecuencia de prolongadas luchas militares, pero también del uso más o menos eficiente de los recursos productivos del Estado durante las guerras y, más aún, del modo en que la economía del Estado ha ido creciendo o cayendo, en relación con las economías de los otros Estados principales.

Las fuerzas relativas de las naciones predominantes en los asuntos mundiales nunca permanecen constantes, sobre todo a causa de la tasa desigual de crecimiento entre diferentes sociedades y de los avances tecnológicos y organizativos que traen mayores ventajas para una sociedad que para otra. La riqueza es necesaria para sostener el poder militar, y éste es requerido para lograr y proteger la riqueza. Sin embargo, si una proporción demasiado grande de los recursos del Estado es desviada de la creación de riqueza y asignada a fines militares, es probable que se debilite el poder nacional a largo plazo. Del mismo modo, si un Estado se sobreextiende estratégicamente —por conquista de territorios extensos o guerras costosas—, corre el riesgo de que los beneficios potenciales de la expansión externa sean compensados en exceso por el alto costo, dilema que se vuelve agudo si la nación en cuestión ha entrado en un periodo de relativa decadencia económica. Existe una significativa correlación a largo plazo entre capacidades productivas y de ingreso, por una parte, y fuerza militar por la otra.

El primer capítulo, "El ascenso del mundo occidental", establece el escenario general del análisis, al examinar el mundo hacia 1500 y analizar las fuerzas y debilidades de los centros de poder de la época: la China de los Ming, el Imperio Otomano y su proyección musulmana en la India como Imperio Mogul, Moscovia, el Japón Tokugawa; y el racimo de Estados en la Europa centrooccidental. A principios del siglo XVI no es de ningún modo aparente que la Europa centrooccidental esté destinada a predominar sobre el resto. Pero todos los otros imperios, aunque parezcan imponentes y organizados, sufren de las consecuencias negativas de una autoridad centralizada que insiste en la uniformidad de creencias y prácticas, no sólo en la religión de Estado oficial, sino también en áreas como el comercio y el desarrollo de los armamentos. La falta de una equivalente autoridad suprema en Europa y las rivalidades guerreras entre sus varios reinos y Estados-ciudad estimularon una constante búsqueda de mejoras militares, lo cual in-

teractuó fructíferamente con los nuevos avances tecnológicos y comerciales que son arrojados también en este medio ambiente empresarial competitivo. Con menores obstáculos al cambio, las sociedades europeas entraron en una espiral continuamente ascendente de crecimiento económico y creciente efectividad militar que, con el tiempo, las llevaría a la cabeza del resto de las regiones del globo.

Existía, sin embargo, la posibilidad de que uno de los Estados europeos competidores adquiriera suficientes recursos para superar a los otros y así dominar el continente. Por 150 años después de 1500, un bloque dinástico-religioso bajo los Habsburgo españoles y austriacos pareció amenazar con lograrlo. Los esfuerzos de los otros grandes Estados europeos para frenar la pretensión de los Habsburgo a la hegemonía ocupan el capítulo dos. Se vuelve aquí a analizar las relativas fuerzas y debilidades de las potencias, y de Europa en su conjunto, teniendo en cuenta los más amplios cambios económicos y tecnológicos. Se explica así el resultado de las muchas guerras de este periodo. Pese a los grandes recursos disponibles, los monarcas Habsburgo se sobreextendieron sistemáticamente durante los repetidos conflictos, y se volvieron demasiado pesados militarmente para una base económica que se debilitaba.

El capítulo tres, "Finanzas, geografía y el triunfo en las guerras, 1660-1815", cubre un lapso complicado, en el cual, mientras algunas potencias anteriores como España y Holanda caen en el segundo rango, emergen firmemente cinco grandes Estados: Francia, Inglaterra, Rusia, Austria y Prusia, que llegan a dominar la diplomacia y la guerra de la Europa del siglo XVIII, y se comprometen en una serie de prolongadas guerras de coalición marcadas por alianzas rápidamente cambiantes. En esta era, Francia, de Luis XIV a Napoleón, llega muy cerca de controlar Europa, más que en cualquier momento anterior o posterior, pero sus intentos son siempre frenados, por lo menos en última instancia, por una combinación de las otras potencias. Dado que el costo de mantenimiento de ejércitos permanentes y flotas nacionales se vuelve horriblemente grande hacia principios del siglo XVIII, un país que pueda crear un sistema avanzado de banca y crédito, como lo hizo Inglaterra, gozará de muchas ventajas sobre rivales financieramente atrasados. Pero el factor de la posición geográfica fue también de gran importancia para decidir el destino de las potencias en sus frecuentes luchas. Este fue el caso de Inglaterra y Rusia. Finalmente, hacia las últimas décadas del siglo XVIII, la Revolución Industrial ya está en marcha en Inglaterra, dando a su Estado una mayor capacidad para coloni-

zar en ultramar y para frustrar el proyecto napoleónico de hegemonía europea.

Entrado el análisis en la era industrial de relaciones entre la estrategia y la economía, el capítulo cuatro se ocupa de la "Industrialización y los equilibrios globales cambiantes, 1815-1885". Durante el siglo XIX se da una notable ausencia de prolongadas guerras de coalición. Existe un equilibrio estratégico, apoyado por las principales potencias en el concierto de Europa, de modo que ninguna nación es capaz ni desea intentar el predominio. La principal preocupación de los gobiernos en los años siguientes a 1815 son la inestabilidad doméstica y (en el caso de Rusia y Estados Unidos) la expansión a través de sus masas terrestres continentales. Esta escena internacional relativamente estable permite al imperio británico ascender a su cenit como poder global, en términos navales, coloniales y comerciales, y aquélla también interactúa favorablemente con el virtual monopolio inglés de una producción industrial movida por el vapor. En la segunda mitad del siglo XIX, sin embargo, la industrialización se está extendiendo a otras regiones y comienza a sacudir los equilibrios de poder internacional, en perjuicio de viejas naciones dominantes y en favor de aquellos países que poseen a la vez los recursos y la organización para explotar los nuevos medios de producción y tecnología. Los pocos grandes conflictos de la época —Guerra de Crimea, Guerra Civil de Estados Unidos, Guerra Franco-Prusiana— llevan a la derrota de las sociedades que no han modernizado sus sistemas militares y que carecen de la amplia infraestructura industrial para sostener los vastos ejércitos y los armamentos mucho más costosos y complicados que están transformando la naturaleza de la guerra.

Al acercarse el siglo XX, el ritmo de cambio tecnológico y las tasas de crecimiento desiguales hacen al sistema internacional mucho más inestable y complejo de lo que ha sido cincuenta años antes. Ello se manifiesta en el frenético forcejeo posterior a 1880 entre las grandes potencias por el logro de territorios adicionales en África, Asia y el Pacífico, en parte para ganancias económicas y en parte por el miedo a ser eclipsados. Se manifiesta también en el creciente número de carreras armamentistas, en tierra y mar, y en la creación de alianzas militares fijas, aun para tiempos de paz, en la medida en que diferentes gobiernos buscan socios para una posible guerra futura. Al mismo tiempo, se dan cambios fundamentales en los equilibrios globales, en cuanto a capacidad económica, que apuntan incluso al eclipse de lo que fue, por siglos, un sistema mundial eurocéntrico. Grandes potencias como Francia y Austria-Hungría, y también la Italia recién unificada, deben

salirse de la carrera económica. En contraste, enormes Estados continentales como Estados Unidos y Rusia pasan al frente, pese a las deficiencias del zarismo. Entre las naciones eurooccidentales, sólo Alemania tiene, posiblemente, la energía para forzar un camino hacia la liga selecta de las futuras potencias mundiales. Japón, por otra parte, se preocupa por la dominación en Asia oriental, pero no más lejos. Todos estos cambios plantean graves problemas a un imperio británico que ahora encuentra mucho más difícil defender sus intereses globales como lo había hecho medio siglo antes.

Los principales desarrollos de los cincuenta años posteriores a 1900 pueden ser considerados como el advenimiento de un mundo bipolar, con la consiguiente crisis de las potencias intermedias. A ello se refieren los capítulos cinco y seis, que cubren respectivamente, los periodos 1885-1918 y 1919-1942. Sin embargo, la metamorfosis del sistema global no fue lineal ni fluida. Las sangrientas batallas de masas de la Primera Guerra Mundial, al aventajar la organización industrial y la eficiencia nacional, da a la Alemania imperial superioridad sobre la Rusia zarista en modernización pero aún atrasada. Estados Unidos da la ayuda militar y económica que permite a los Aliados triunfar sobre la otra coalición. Pero ha sido una lucha agotadora para los beligerantes originales, excepto Japón, que mejora su posición en el Pacífico. Estados Unidos se vuelve en 1918 la suprema potencia en el mundo.

El rápido retiro de los Estados Unidos de sus compromisos internacionales y la aislación paralela de Rusia bajo el régimen bolchevique, deja al sistema internacional más descoyuntado respecto a las realidades económicas fundamentales que en cualquier otro momento de los cinco siglos cubiertos por el análisis de esta obra. Inglaterra y Francia, aunque debilitadas, siguen en el centro del escenario diplomático, pero hacia el año 1930 su posición es desafiada por los Estados revisionistas y militarizados de Italia, Japón y Alemania; esta última con una pretensión mucho más decidida de hegemonía europea que incluso en 1914. Sin embargo, Estados Unidos es de lejos la más poderosa nación industrial, y la Rusia de Stalin se transforma rápidamente en superpotencia industrial. En consecuencia, el dilema de las potencias intermedias revisionistas es expandirse rápido o ser oscurecidas por los dos gigantes internacionales. El dilema para las potencias intermedias *statuquoistas* es que el enfrentamiento contra los desafíos alemán y japonés los debilitaría de todos modos. Con todas sus alternativas, la Segunda Guerra Mundial confirma estas aprehensiones de declinación. Pese a las primeras victorias espectaculares, las potencias del Eje no pueden tener éxito finalmente contra un desequilibrio de recursos

productivos que era aún mucho mayor que en 1914-1918. Lo que logran es el eclipse de Francia y el debilitamiento irrecuperable de Inglaterra, antes de ser ellas mismas aplastadas por una fuerza superior. Hacia 1943, el mundo bipolar ha llegado, y el equilibrio militar se corresponde otra vez con la distribución global de recursos económicos.

Los dos últimos capítulos del libro se ocupan de la estrategia y la economía en el mundo de hoy y de mañana. El capítulo siete trata de la estabilidad y el cambio en un mundo bipolar, entre 1943 y 1980. El capítulo ocho se proyecta hacia el siglo XXI. El mundo bipolar parece existir, económica, militar e ideológicamente, y ello se refleja al nivel político en las muchas crisis de la Guerra Fría. La posición de Estados Unidos y de la Unión Soviética como potencias en una clase única compartida, se refuerza con la llegada de las armas nucleares y de los misiles de larga distancia, lo que sugiere que el paisaje estratégico y diplomático es ahora totalmente diferente respecto al de 1900, para no decir el de 1800.

No obstante, el proceso de ascenso y caída entre grandes potencias —de diferenciales en las tasas de crecimiento y en el cambio tecnológico, que llevan a desplazamientos en los equilibrios económicos globales, que a su vez inciden gradualmente en los equilibrios políticos y militares— no ha cesado. Militarmente, los Estados Unidos y la Unión Soviética siguen al frente en los años 1970 y 1980. Al interpretar ambos los problemas internacionales en términos bipolares y hasta maniqueos, su rivalidad los lleva a una creciente carrera armamentista en la cual ningún otro poder nacional quiere o puede intervenir. Sin embargo, en las mismas décadas los equilibrios productivos globales se han ido modificando más rápido que nunca. Es así con el aumento (provisorio) de la participación del Tercer Mundo en la industria mundial, y con el ascenso de Europa occidental, Japón y China. En contraste, se vuelve más lento el crecimiento de los Estados Unidos y de la Unión Soviética. Aparece así, un mundo multipolar, por lo menos en cuanto a índices económicos.

El autor explora, finalmente, la actual disociación entre los equipos militares y productivos de las grandes potencias, y los problemas y oportunidades que hoy enfrentan los cinco principales centros de poder político-económico: China, Japón, Comunidad Económica Europea, Unión Soviética y Estados Unidos, mientras luchan con el eterno problema de relacionar medios y fines nacionales. La historia del ascenso y caída de las grandes potencias no ha terminado.

Entre las conclusiones que el autor extrae finalmente de su análisis de una historia de cinco siglos, cabe destacar las siguientes:

1) Existe una relación causal entre los cambios en los equilibrios económico-productivos generales y la posición ocupada por potencias individuales en el sistema internacional.

2) Existe una conexión clara a largo plazo entre el ascenso y caída económicas de una gran potencia y su crecimiento y declinación como potencia militar importante. Ello fluye de dos hechos relacionados. Uno, que los recursos económicos son necesarios para sostener un establecimiento militar a gran escala. Dos, que en el sistema internacional, riqueza y poder son siempre relativos y deben ser vistos así.

Ello no significa, sin embargo, que el poder económico y el poder militar relativos de una potencia suben y bajan paralelamente. Puede existir una brecha temporal notable entre la trayectoria de la fuerza económica relativa de un Estado y la trayectoria de su influencia militar/territorial.

3) Existe una fuerte correlación entre el resultado eventual de las grandes guerras de coalición por la hegemonía europea y el monto de recursos productivos movilizados por cada lado.

Para el autor, estas generalizaciones no equivalen a un crudo determinismo económico. Lo económico no determina cada acontecimiento, ni es única razón para el éxito o el fracaso de cada nación. La evidencia apunta a muchas otras razones: geografía, organización militar, moral-nacional, sistema de alianzas y otros factores que pueden afectar el poder relativo de los miembros del sistema interestatal. La locura individual, capacidad alta en el campo de batalla, contribuyen mucho a explicar victorias y derrotas individuales. Parecería, sin embargo, indiscutible que en largas guerras, la victoria suele ir al bando con base productiva más floreciente. Justamente porque la posición de poder de las principales naciones ha marchado en paralelo con la posición económica relativa, durante los últimos cinco siglos, es relevante preguntarse cuáles son las implicaciones que las actuales tendencias económicas y tecnológicas tendrían para el actual equilibrio de poder. Los hombres hacen su historia, pero dentro de circunstancias históricas que pueden restringir (o ampliar) sus posibilidades.